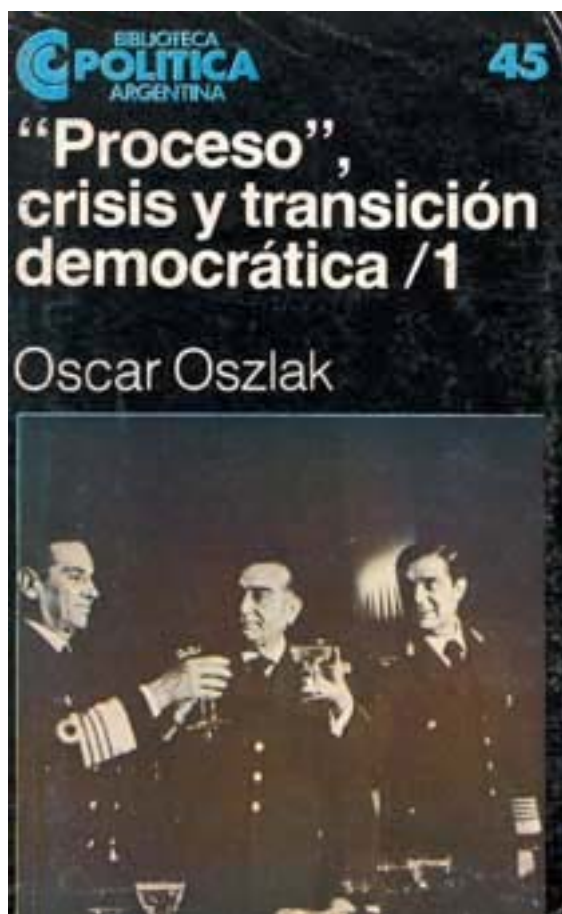


“Proceso”, crisis y transición democrática / 1

Oscar Oszlak
(compilador)



Centro Editor de América Latina

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Introducción

Oscar Oszlak

I. Democracia en la Argentina: micro y macro 13

Guillermo O'Donnell

II. Privatización autoritaria y recreación de la escena pública 31

Oscar Oszlak

III. Organizaciones corporativas y proceso democrático 49

Emilio J. Corbiere

IV. El “Proceso de Reorganización Nacional” y el sistema jurídico 61

Enrique Groisman

V. Independencia, autogobierno y asociacionismo de los jueces: por una práctica judicial alternativa..... 69

Roberto Bergalli

VI. Cultura y política en la transición democrática 102

Oscar Landi

VII. Algunos aspectos centrales de la cuestión universitaria en la Argentina de hoy..... 124

Enrique Oteiza

VII. La concertación social; una perspectiva sobre los instrumentos de regulación económico-social en procesos de democratización 136

María Grossi y Mario R. Dos Santos

CAPÍTULO I

DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA: MICRO Y MACRO

Guillermo O'Donnell

Advertencia

Este ensayo es breve –y provisorio– anticipo de un libro que tal vez algún día escribiré, acerca del cotidiano en Buenos Aires durante los años más represivos del régimen que hoy se derrumba. En las páginas que siguen no oculto su carácter subjetivo y testimonial, a la vez que no renuncio –cientista social al fin– a sugerir algunas relaciones que me parecen importantes, tanto práctica como teóricamente. Tanto en uno como en otro aspecto no ignoro, ni pretendo atenuar, polémicas implicaciones.

Esto no se debe sólo a las características del tema. También surge como tema de reflexión que aquí sólo puedo dejar apuntado– de la particular problematicidad del conocimiento de lo social bajo un régimen decidido a suprimir, brutal y sistemáticamente, buena parte de la información disponible, u obtenible, en condiciones de razonable libertad. Entre muchas otras consecuencias, en mi experiencia al menos, tales circunstancias plantean cruciales preguntas acerca de los modos y posible validez de los intentos de descubrir situaciones y procesos para los cuales los modos habituales de investigación han sido hecho impracticables. Asimismo, situaciones límite como las vividas durante estos años muestran a cualquier estudio razonablemente atento y autocrítico, si no la inutilidad, la insuficiencia de los conceptos con que uno se maneja habitualmente en las ciencias sociales –incluso, por cierto, los relacionados con la problemática del autoritarismo–. Por lo menos, en situaciones extremas como las vividas recientemente en la Argentina, en parte por imposibilidad de acceder a datos más agregados, pero también, obedeciendo a una auténtica necesidad intelectual, no solo a mí ha ocurrido prestar mucha más atención a los contextos “micro” de la vida social –las texturas celulares del cotidiano– para, a partir de ellos, intentar trazar sus relaciones con los grandes escenarios de la política y el Estado. El presente ensayo es un primer esbozo en esa ardua pero –me parece– indispensable dirección.

Otra consecuencia es que, tratando de trabajar en tales circunstancias uno no puede sino hacer, y hacerse a sí mismo, mucho más explícitos los valores en base a los cuales, y por los cuales, aun parece reivindicable (aunque por un tiempo solo pueda serlo en los pequeños círculos que de alguna forma sobreviven a la represión) la legitimidad de una práctica intelectual como ésta.

En estos días de celebración del derrumbe de ese régimen maldito, tal vez no esté de más –también– compartir preguntas acerca de las marcas, no todas ellas fácilmente visibles, que han dejado aquellos años, y las consecuencias que ellas pueden tener para la *consolidación* de la democracia en la Argentina. Con esa intención publico estas páginas.

I

En estas notas discuto algunos aspectos de la vida cotidiana de la Argentina entre 1976 y 1980. Como ya señalé, los que vivimos en esa Argentina lo hicimos de manera que la situación imperante hacía –y me temo, hace– imposible reconstruir globalmente de forma razonablemente fehaciente. Aunque por eso –porque, por ejemplo, las encuestas que supongo se tomaron fueron y siguen siendo, como tanta otra cosa, SECRETO DE ESTADO– no puede aducir datos suficientes como para corroborar mis impresiones¹, creo que

¹ Los que estábamos realmente en contra de lo que estaba ocurriendo (por “realmente” quiero decir incondicional y globalmente, no sólo descontentos por tal o cual aspecto de ese régimen) adoptamos curiosas maneras de, primero, sobrevivir y, segundo, de no volvernos –creo que literalmente– locos frente al extremado aislamiento a que uno se autocondenaba con tal oposición: una de esas formas fue la que adoptamos mi mujer –Cecilia Galli– y yo: hacer una proto-investigación sobre diversos aspectos del cotidiano en Buenos Aires. Digo que fue una “proto” investigación porque realizamos entrevistas con personas de diversos sectores y actividades sociales que bajo las circunstancias sentimos que podíamos entrevistar, sin pretensión de “representatividad” de esa muestra –simplemente, entrevistamos a aquellos que no nos asustaba demasiado entrevistar–. Hicimos además otras cosas: nos asomamos, “con debida discreción”, a diversas instituciones educativas y organizaciones profesionales; leímos (y, colmo del masoquismo, nos impusimos ver y oír por televisión) los discursos y gestos de los personajes del régimen, y la autovisión de éste en su propaganda. También condenados a una microfenomenología del cotidiano, simplemente *miramos*, con la lupa de

vale la pena discutir algunos temas que pueden tener sutiles, pero probablemente importantes consecuencias para el futuro.

Algunas características del período inaugurado en marzo de 1976 ya han sido señaladas y analizadas. Una, su fenomenal represividad, no sólo en términos de la cantidad de horrores que infligió sino también por su carácter terrorista y clandestino. Otra, el sentido *político*, e históricamente vengativo, contra la Argentina “plebeya-populista e inmigrante” de las últimas décadas, que tuvo la política económica y social de esos años². Estas son, por cierto, características cruciales de los que hizo y se intentó desde ese régimen. Hay, por lo menos, una tercera que me parece no menos importante. Pero, tal vez porque transcurrió en planos menos espectaculares que los anteriores, ha merecido menos atención. Esta es el sistemático, continuado y profundo intento de penetrar capilarmente en la sociedad para también allí, en todos los contextos a que la larga mano de ese gobierno alcanzaba, implantar el ORDEN y la AUTORIDAD; ambos calcados de la visión radicalmente autoritaria, vertical y paternalista con que el propio gobierno –y el régimen que se intentó implantar en sus momentos más triunfales– se concebía a sí mismo. Este intento, no menos que la particular destructividad de la política económica, es lo que acerca la Argentina a Chile y Uruguay contemporáneos, y lo que distingue nuestro pasado cercano con autoritarismos más mitigados, como el de Brasil post-1964 e incluso Argentina 1966-1972. La perversa combinación entre lo que pasó antes de marzo de 1976 y la furiosa paranoia de los entonces ganadores, llevó al diagnóstico de que era todo el “cuerpo social”, aun en sus “tejidos” más microscópicos, que había sido “infectado” por la subversión (sospecho que pocas veces en la historia la extrema derecha ha machacado tanto como durante esos años con sus típicas metáforas organicistas). El “caos”, la “subversión” y la “disolución de la autoridad” no sólo habían ocurrido en los grandes escenarios de la política y en las acciones de las organizaciones guerrilleras; esa enfermedad también existía, y desde allí había alimentado aquellos “síntomas” más visibles, en casi cada rincón de la sociedad. De ese diagnóstico nació un *pathos* microscópico, apuntado a penetrar capilarmente la sociedad para “reorganizarla” en forma tal que quedara garantizada, para siempre, una meta central: que nunca más sería subvertida la AUTORIDAD de aquellos que, a imagen y semejanza de los grandes mandones del régimen, tenían en cada microcontexto, según esta visión, el derecho y la obligación de MANDAR. Si desde el aparato estatal se nos despojó de nuestra condición de ciudadanos y se nos quiso reducir, por los mecanismos del mercado, a la condición de obedientes y despolitizadas hormigas, en los contextos del cotidiano –el de las relaciones sociales y los patrones de autoridad que tejen la vida diaria– se intentó llevar a cabo una similar obra de sometimiento e infantilización: los que tenían “derecho a mandar”, mandando despóticamente en la escuela, el lugar de trabajo, la familia y la calle, los que “debían obedecer”, obedeciendo mansa y calladamente, uniformados en la aceptación de que aun el mando más despótico estaba hecho, igual que el del Estado, para bien de los que así obedecían –porque si no era así, no se podría separar el trigo de los mansos de la cizaña de los subversivos y porque, además, había quedado fehacientemente demostrado que la insolencia de los “inferiores” sólo llevaba al caos. Esta visión de la autoridad no podía ser más vertical, autoritaria y negadora de la autonomía de los que pretendió someter ni, a pesar del tono paternalista con que revestía sus argumentos, podía ocultar la inmensa violencia –no sólo física– en que se sustentaba. Así casi perdimos el derecho de caminar por la calle si no vestíamos el uniforme civil –pelo corto, saco, corbata, colores apagados– que los mandones –militares y civiles– consideraban adecuado. Así pasó a ser altamente aconsejable no ser diferente ni dar opiniones poco convencionales aun sobre los temas aparentemente más triviales. Así, también, fue anatema en las instituciones educativas preguntar, dudar y hasta reunirse por parte de los que sólo tenían que aprender pasivamente, y en muchos lugares de trabajo (incluso, por supuesto, pero no sólo en las fábricas), entre esa coacción y la del creciente desempleo, fue perseguido todo lo que no fuera,

nuestra preocupación por encontrar allí ciertos impactos de los horrores y terrores del régimen, la calle y diversas actividades profesionales. Además, Cecilia, con su condición de mujer y con su obvio acento extranjero, se permitió hacer “preguntas inocentes” sobre lo que había pasado y estaba pasando en nuestro país, a mozos de bar, taxistas, empleados de almacén, kiosqueros y esa miríada de pequeños-grandes personajes del cotidiano de Buenos Aires. De esta masa de información que aún no hemos logrado digerir, ni intelectual ni emocionalmente represivo. Esta excepcionalidad no derivó sólo de la violencia física ejercida por ese régimen, sino también del propósito de modificar radicalmente, en dirección convergente con sus propios patrones, las relaciones de autoridad *en la sociedad*. El presente texto está basado en algunos aspectos en que nos sensibilizó esa proto-investigación; tal vez algún día podamos escribir el libro que destile mucho más globalmente estas experiencias.

² Entre los trabajos publicados sobre el tema me parece particularmente iluminante el de Jorge Schvarzer, *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica*, Ensayos y Tesis CISEA, Buenos Aires, 1982. Un intento temprano de discutir estos temas lo hicimos con Roberto Frenkel en “Los Programas de estabilización convenidos con el FMI y sus impactos internos”, Estudios CEDES, Buenos Aires, 1978; algunas de esas discusiones las retomé en “Fuerzas Armadas y Estado Autoritario”, en Norbert Lechner, comp., *Estado y Política en América Latina*, Siglo XXI, México DF, 1981.

igual que en los otros contextos, la obediencia del sometido. Incluso en la familia: en parte porque, como argumentaré abajo, ese *pathos* autoritario encontró ecos importantes, en parte porque muchos padres sintieron que “retomando el mando” para garantizar la despolitización de sus hijos los salvarían del destino de tantos otros jóvenes, nuestras entrevistas con psicoanalistas y psicólogos sugieren que se acentuaron fuertemente los rasgos más represivos e infantilizantes de muchas familias (modelo patriarcal sobre el cual, por otra parte, machacaron la propaganda oficial y la comercial³). No vale la pena siquiera mencionar lo que se hizo con todo lo que sonaba a “hippie”, a droga (comenzando por la marihuana, esa terrible arma de la subversión contra la civilización occidental y cristiana) y a “perversiones sexuales”.

II

No quiero ni vale la pena hacer aquí un inventario particularmente horrible. El punto al que quería llegar es que todo indica que en esos intentos el gobierno logró considerable éxito. Ese éxito no consistió sólo en que muchos nos sometimos, callamos, disfrazamos y disimulamos frente a esa enorme presión para que parecíamos infantes obedientes, uniformados y callados, dispuestos a dejar a los que “sabían” (en la economía y en la administración terrorista de la violencia y también en la calle y en tantos microcontextos) ocuparse de lo que, a la larga, iba a ser el bien de todos –y que tenía que comenzar por colocar todo “en su lugar”, desde la mujer en la casa y los ex ciudadanos trabajando afuera, hasta militares y cadavéricos oligarcas mandando. El problema –y a esto apunta mi argumento– fue que la presión para aceptar tamaña infantilización fuera tan enorme. Pero no bastaba, no hubiera bastado jamás, con los militares o los funcionarios de ese gobierno; ni aunque con fenomenal *pathos* autoritario éstos hubieran llegado a controlar tan capilar, prolija y detalladamente tantos comportamientos. Para que eso ocurriera hubo una sociedad que se patrulló a sí misma: más precisamente, hubo numerosas personas –no sé cuántas pero con seguridad no fueron pocas– que, sin necesidad “oficial” alguna, simplemente porque querían, porque les parecía bien, porque aceptaban la propuesta de *ese* orden que el régimen –victoriosamente– les proponía como única alternativa a la constantemente evocada imagen del “caos” pre-1976, se ocuparon activa y celosamente, de ejercer su propio *pathos* autoritario. Fueron *kapos*⁴ a los que, asumiendo los valores de su (negado) agresor, no pocas veces lo vimos yendo más allá de lo que ese muy autoritario régimen demandaba.

No es fácil ni simpático plantear esta cuestión, pero me parece que la cuestión de la democracia –en la Argentina, como en todo caso pasado y futuro donde semejantes atrocidades han sido cometidas– también pasa por el doloroso momento de reconocer que no hubo sólo un gobierno brutalmente despótico, sino también una sociedad que durante esos años fue mucho más autoritaria y represiva que nunca –y que no fueron pocos los que determinaron que así fuera. Igual que con los muertos y los desaparecidos, estos microhorrores sólo pueden ser ignorados pagando el precio –individual y colectivo– de toda negación: no poder mirarnos en el espejo de lo que somos y, por lo tanto, fugarnos de la posibilidad, dolorosa pero creativa, de reformular identidades y valores que eviten la repetición de nuestros lados más destructivos.

Tal vez sea exageración. Tal vez me haya callado demasiadas veces durante nuestras entrevistas, por obligación metodológica y por temor, y tal vez haya odiado demasiado el sadismo de los *kapos* que

³ Con Cecilia nos llamó la atención la frecuencia con que ambas publicaciones reproducían una escena típica, que tal vez destile mejor que ninguna otra la autoimagen preferida de ese despotismo. Esto es, un hombre “perfectamente vestido” según los cánones que se impusieron en la época, volviendo a su casa después del trabajo, cansado, pero feliz, recibido tiernamente por su esposa, no menos feliz de haberse quedado en casa, limpiando, atendiendo a los niños y cocinando. Otro personaje de esa escena es algún anciano/a, abuelito/a, buenísimo y reverenciado, portador de la imagen de un pasado más antiguo que el reciente, y en el cual esa deliciosa familia entronca su sentido de continuidad. Y, hacia abajo, absolutamente ningún joven –imagen subversiva cuidadosamente eliminada–. Sólo niños de corta edad, sonrientes, limpiños y, por supuesto, totalmente obedientes.

Suponiendo que la reiteración de esa imagen prototípica en la publicidad comercial tenía que obedecer a instrucciones del gobierno, entrevistamos a algunos publicitarios. Mediante ellos, aparte de las prohibiciones “moralizantes” impuestas a la televisión –que no obligaban a restringirse a aquella imagen” nos enteramos con profunda sorpresa, y aun más profunda preocupación, que las propias empresas pedían esa escena social y psicológicamente regresiva; según ellas, asistidas por sus investigaciones de mercado, era la situación que más ayudaba a vender sus productos. Irónicamente, la publicidad que más frecuentemente rompía ese esquema –y hasta mostraba jóvenes– era la de algunas filiales de empresas multinacionales, que reproducían los paquetes publicitarios importados de sus matrices.

⁴ “Kapos” fueron, en los campos de concentración nazis, prisioneros que, en plena identificación con el agresor, eran encargados de diversos aspectos de la “disciplina” del campo. Los estudios y memorias de sobrevivientes insisten que aquéllos fueron no pocas veces aun más crueles que los S.S., y aplicaban aun con más rigor que éstos los reglamentos del campo.

encontramos en nuestra proto-investigación y con los que tropezamos cada día, porque así era el cotidiano durante esos años. Tal vez sea exageración, pero sería aun más exagerado –y mucho peor– que, proyectando todo hacia ese régimen maldito, nos excusáramos de mirar, y tratar de entender, lo que sucedió *en* la sociedad argentina. Durante esos años se me presentaba recurrentemente una metáfora que creo sigue siendo válida: que la implantación de aquel despiadado autoritarismo en la política soltaba los lobos en la sociedad; no era sólo lo que el gobierno expresamente incitaba sino también –más sutil y poderosamente– el “permiso” que daba para que no pocos ejercieran sus minidespotismos frente a los trabajadores, estudiantes y toda otra clase de “subordinados” –incluso transeúntes e hijos, para no hablar de lo que más tarde, siguiendo una lógica terrible, se mostró que podía hacerse con soldados. Los que no quisimos –o no pudimos– ejercer ese tipo de poder aprendimos, por la ausencia de un contexto general razonablemente democrático: quedar a merced de los lobos porque no teníamos ningún derecho, y si alguno teóricamente nos quedaba, no teníamos ante quién recurrir para hacerlo valer. A partir de eso, y del *pathos* mandón y omnipotente que exudaba el régimen, nuestra sociedad, puntuada por *kapos* en sus contextos y por el patrullaje de comportamientos que muchos “voluntarios” hicieron en los lugares públicos, se sometió al despotismo estatal, algunos asumiéndolo como propio y otros sufriendolo en rabioso silencio. Jamás sabremos cuántos fueron unos y otros, pero seguramente no fueron pocos, ni unos ni otros.

III

Ahora que, finalmente, ese régimen ha entrado en vertiginoso colapso, es que tantas veces calladas vuelven a oírse, y que se recomienza a ejercer la libertad de ser diferente, es importante reconocer el nada despreciable éxito que el régimen logró en este –y, me temo, el grado tampoco despreciable en que esos éxitos *no* han sido revertidos. No es sólo ni tampoco que tantos *kapos*, esos microdéspotas, continúan en su lugar. Tampoco es sólo que muchos se negaron absolutamente a saber lo que estaba pasando con la represión, o de atribuirle a malevolentes rumores, o –cuando no había posibilidad de negar ciertos horrores– de culpar a las víctimas de esa terrible condena implicada por el “Algo habrán hecho...” que tantas veces se dijo durante esos años –ecos, todos éstos, de cosas que uno se permite creer, hasta que una vez se llega a confrontarlos, que no sólo ocurren en otras partes del mundo. Tampoco se trata de que no pocos de aquellos *kapos* y esos negadores, con la apasionada sinceridad de quien necesita inconsciente no haber tenido nada que ver con lo que ya nadie puede defender, hoy sumen su furia contra el régimen por el desastre económico, por las Malvinas y por la corrupción de los militares –como si sólo eso hubiera ocurrido.

Además se trata, y para nuestro futuro creo que más fundamentalmente, de la persistencia de patrones extremadamente autoritarios en nuestros microcontextos, de la actitud mandona, y omnipotente que en muchos de ellos se conserva, de la fuerte intolerancia subsistente respecto de la vestimenta, la sexualidad y los gustos de otros, y hasta de la negación del derecho de preguntar, exigiendo razonable fundamentación, por el sentido de las órdenes del “superior” –entre muchas otras cosas, y como cápsula de ellas cargada, además, de consecuencias para el futuro, creo que no se advierte suficientemente el grado en que la concepción prevaleciente de la autoridad en la educación es insólitamente represiva, disciplinaria y –finalmente– violenta contra los pobres “educandos”, desde la escuela primaria hasta la universidad.

Lo dicho hasta ahora genera dos preguntas importantes, que aquí quedarán sólo planteadas. La primera se refiere al por qué del no insignificante éxito logrado en hacer tanto más autoritaria nuestra sociedad. Sobre esto –como en su momento lo fueron similares preguntas respecto de la desfascistización en Europa– nos cabe la responsabilidad de no lanzarnos a respuestas fáciles; la respuesta más obvia, y más escapista, sería proyectar toda la responsabilidad hacia los gobernantes de los últimos años (lo cual no implica dejar de atribuirles la inmensa responsabilidad que también en este plano les cabe). Por otro lado, por unos cuantos años la victoria ideológica de ese régimen fue encerrar a muchos en el dilema de aceptar el “orden” que ofrecía, o el progreso al “caos” anterior al golpe de 1976⁵. En la medida en que así fue, en un

⁵ Una abrumadora mayoría de nuestros entrevistados (aproximadamente 90%) mostró claramente el “gancho” subjetivo en el cual el discurso estatal se apoyó para, por varios años, imponer ese falso pero eficiente dilema. Entrevistados de las más diferentes posiciones y actividades sociales, así como opiniones políticas, escogieron espontáneamente los años inmediatamente precedentes a 1976 como el período que los invitábamos a establecer para compararlo con sus sensaciones de cómo vivían, y cómo estaban las cosas en nuestro país, en 1979 (año en que condujimos la mayor parte de esas entrevistas). La elección de aquel período fue hecha, en la mayoría de los casos, como recuerdo de lo que esas personas consideraban había sido un período de caos, violencia e incertidumbre insoportables, contra los cuales cualquier alternativa de *orden* les parecía preferible. Esto no impedía que muchos de esos entrevistados estuvieran descontentos con diversos aspectos de la política gubernamental (la gran mayoría de esas críticas estaban referidas a la

contexto en el que además se habían suprimido todos los mecanismos de formulación y reconocimiento de identidades políticas alternativas, quedó desarticulada en muchos la posibilidad de oponerse, y de reconocer con otros en su común oposición, a la lógica autoritaria con que desde el aparato estatal se intentaba penetrar y “reorganizar” la sociedad. No parece quepa duda que, luego de los años de gran movilización e hiperpolitización de la primera mitad de la década del 70, muchos estaban predispuestos a lo que la represión y la propaganda post-1976 tanto apuntaron a lograr: un fuerte viraje hacia la privatización de las vidas, una generalizada aspiración a la reducción de incertidumbre en la vida diaria (para lo cual, por supuesto, quedó claro que había que marcar el paso según lo querían los gobernantes) y, también, la sensación de que durante los años precedentes al golpe los patrones de autoridad –no sólo en la política sino también en innumerables microcontextos– habían llegado a un punto de personalmente intolerable y socialmente suicida anarquización. De estas predisposiciones hay numerosas señales en lo que se dijo, y en lo que se calló y se decidió ignorar, a partir de 1976.

La pregunta, entonces, acerca de por qué en no pocos sectores y contextos de la sociedad el régimen tuvo éxitos importantes en su vocación autoritaria, podría responderse desplazando buena parte del peso de la explicación a esos violentos, y en no pocos sentidos realmente locos y caóticos años que precedieron al golpe de marzo de 1976. Mi impresión es que esos años hicieron, efectivamente, una importante contribución a lo que pasó después, incluso en este plano micro, socialmente intersticial, que estoy discutiendo. Esa contribución no fue sólo, me parece, la brutal violencia reaccionaria que engendró. También pesó –más sutilmente, pero con profundas consecuencias– para que más allá del miedo que provocaba con su represión, aquel régimen hiciera lo que hizo con tan poca oposición por unos cinco años. Esto es –parece haber operado la tendencia psicológica y políticamente represiva– frecuentemente manifestada en nuestras entrevistas pero que el ojo atento también podía detectar en innumerables signos de la vida diaria, después de un período vivido como la suma del caos, la violencia y la incertidumbre, de aspirar a la emergencia de un poder supremo que garantizara *algún orden*. Esta problemática, que Hobbes y algunos analistas del fascismo entendieron bien, sugiere algunos de los costos menos visibles –pero no menos graves– que un período como el anterior a 1976 puede generar.

Con lo dicho hasta aquí la cuestión podría quedar centrada en discusiones acerca de si es el pre o al post-1976 que debe ser atribuido el peso principal en relación al problema que aquí planteo. No creo que tal discusión tenga mayor sentido (aunque es fácil imaginar que el énfasis sobre uno u otro período estaría fuertemente influido por las posiciones políticas de cada uno), no sólo por la –obvia– razón de que no sabemos cómo adjudicar pesos relativos a fenómenos tan complejos, sino también porque todavía la cuestión está insuficientemente planteada. Así, afirmar que lo que parece haber avanzada el autoritarismo en la sociedad argentina estos últimos años fue directa consecuencia del régimen post-1976, y que la ocasión y las predisposiciones para ello habían sido en buena parte sembradas en los años inmediatamente precedentes, aunque me parece cierto me parece no menos insuficiente.

Sin pretender una infinita regresión, lo recién dicho plantea por qué nuestro país llegó a infligirse los daños, y los tremendos costos de mediano plazo, de esos años pre-1976 que nuestros entrevistados recordaban como tan intolerables. Tenemos trabajos que permiten entender parte de esa cuestión, desde el ángulo de lo que hicieron y dejaron de hacer los actores de la política y ciertos grandes agregados sociales. Pero, insistiendo en el nivel en que estoy colocado en este ensayo, falta plantear otro interrogante. Esto es el grado y las posibles correspondencias temporales con que las concepciones y patrones de autoridad en los contextos del cotidiano fueron influidos por, y a la vez puedan haber influido a, una ya larga historia que, en

política económica; las referencias a represión, censura y similares fueron bastante más escasas). Pero esos descontentos, en la medida que la visión de los sujetos continuaba atrapada en aquel dilema “caos-orden” (o, dicho en otras palabras, en la medida en que desde el régimen se había logrado suprimir alternativas que rompieran aquella disyuntiva con una propuesta de orden sujeta a otra lógica política y valorativa), no llegaban a modificar la extremada privatización de la vida diaria (incluyendo una marcada caída en actividades asociativas alejadas de toda connotación política) en que encontramos a esos entrevistados. Esto llegaba frecuentemente al punto de declararnos que, hasta que nuestra entrevista los forzaba a hacerlo, hacía mucho tiempo que no pensaban o se preocupaban por cuestiones públicas o “políticas”; para discutirlo en otra oportunidad, cabe anotar que esto también era cierto –y nada casualmente– de personas fuertemente politizadas antes de 1976.

Por cierto, tal aprisionamiento de la visión general (correspondiente a la des-ciudadanización operada en todos los planos) sonaba ya entonces precario y, efectivamente, todo indica que, como tantas otras cosas de ese período, comenzó a explotar con la transición presidencial de Videla a Viola en 1981 y acabó de hacerlo con las Malvinas. Mucho me sorprendería si para esos entrevistados el referente negativo organizador de su visión del presente y de sus expectativas para el futuro (el predicado del “cualquier cosa antes que volver a eso”, que oímos tantas veces) no fuera hoy el período posterior a marzo de 1976, no ya el anterior.

términos de dichos actores políticos y grandes agregados sociales, es la de un reiterado fracaso en lograr formas más democráticas y –finalmente– más humanas de articulación de la vida de la sociedad.

IV

Está lejos de las posibilidades de este ensayo (y de su autor) intentar respuesta a dicho interrogante. Pero aunque no sepamos cómo responderlo me parece que no podemos dejar de plantearlo. No es un tema de arqueología cultural; al contrario, tal vez sea la pista para reconocer viejas tendencias escasamente democráticas en nuestra sociedad, que nos permitirían entender lo ocurrido recientemente como acentuación (brutal, es cierto) de esas mismas tendencias, y no como novedad causada unilateralmente desde el nivel *macro* por el pre y/o post-1976. Aun reconociendo nuestras ignorancias sobre los diversos niveles y temporalidades implicados por una visión histórica más larga e interactiva, las consecuencias de plantear o no esta cuestión no me parecen triviales. Por un lado si es cierto que en los últimos años parecen haberse extendido, y probablemente profundizado, numerosos microdespotismos en los más variados contextos sociales, y si las principales causas de ello pueden hallarse en la política y en el estado de los años inmediatamente precedentes o posteriores al golpe de 1976, entonces el problema de la democracia en la Argentina puede ser resuelto exclusivamente desde una política y un Estado democratizados. En tal supuesto, las flechas causales irían desde lo macro a lo micro y, además, sólo abarcarían un estrecho período de tiempo. Desgraciadamente el problema, como acabo de insinuar, me parece bastante más complicado y de largo alcance.

No pretende negar la crucial importancia de la “gran política” –aquella que se hace en los grandes escenarios de la vida nacional– por parte de actores, “políticos” o no, organizados para ello. Pero creo que la interpretación recién delineada implicaría caer en un peligroso politicismo. Con esto quiero decir que, por un lado, se cargaría demasiado a la cuenta de lo que la democratización de la política y el Estado pueden realmente hacer y que, por el otro, se negaría la posibilidad –práctica y teórica– de explorar la mutua realimentación que la difusión de valores y prácticas democráticas en ambos niveles –*macro* y *micro*– podría general. Desde los más antiguos clásicos hasta hoy, se podría llenar una biblioteca con textos relevantes para la problemática de las relaciones entre diversos planos de acción social. A pesar de que tras ese esfuerzo seguramente concluiríamos que no es mucho lo que podemos decir con razonable certidumbre, algunas proposiciones de interés para nuestro tema parecen arriesgables. Una es que esas relaciones *micro-macro* no son tan directas ni tan lineales como para que un grado significativo (que por otra parte no sabemos cuál sería) de democratización de la sociedad sea condición necesaria o suficiente para la *implantación* de un régimen político democrático. Una segunda proposición es que, sin embargo, como la práctica de la democracia, incluso al nivel estrictamente político, pasa por un largo aprendizaje entre actores envueltos en complejas interacciones –y esa práctica entraña una concepción de ciudadanía en la que el individuo aparece como un *sujeto* portador de derechos que debe aprender a usar y a hacer valer. Por lo tanto, tal aprendizaje (aunque sólo fuera –que no lo es– en vistas al reclutamiento del personal que habrá de jugar el juego de la política democrática) sólo puede darse, en la cantidad e intensidad intuitivamente necesarias, si diversos –y numerosos– contextos del cotidiano, desde la niñez hasta la vida adulta, no sólo son congruentes sino también refuerzan positivamente dichas prácticas. Un corolario de esta proposición sería que importantes avances en la democraticidad de la sociedad serían, si no condición suficiente, probablemente condición necesaria para la *consolidación* y, aun más, para la *expansión* en direcciones más participatorias y socialmente justas de un régimen de democracia política.

Este es, precisamente, el punto que puede quedar bloqueado por la visión politicista e históricamente miope que delinee arriba. Para decirlo con todas las letras, creo –primero– que el problema de la consolidación y expansión de la democracia en la Argentina pasa tanto por el Estado y la política como por la sociedad, y –segundo– que los obstáculos existentes en este último plano, aunque brutalmente acentuados en la década del 70, sobre todo a partir de 1970, vienen de mucho antes. Agrego, en tercer lugar, que todo parece indicar que los infortunios de la vida política argentina se han venido realimentando perversamente con las fuertes tendencias autoritarias existentes en la sociedad –incluso en la cultura– de nuestro país.

Desgraciada (o felizmente) no hay en este plano ningún nudo gordiano que pueda ser cortado de un tajo. Si el problema es real, sólo puede ser encarado con una larga perspectiva de tiempo. Esta sólo puede derivar de un proyecto de democratización que sepa reconocer que es necesario llegar a un régimen de democracia política, pero que también sepa que las expectativas, esfuerzos y luchas en ello volcadas *no* son suficientes para resolver ese viejo enigma de la democracia en la Argentina.

Si, a pesar de sus limitaciones metodológicas, hasta hace poco me apoyé en nuestra proto-investigación para sustentar la verosimilitud de algunos argumentos, es claro que en el actual punto de mis razonamientos ya ni siquiera a eso puedo recurrir. Sólo, tal vez, puedan servir algunos indicios que paso a esbozar. Creo que uno de los problemas ha sido que muchos argentinos (entre los que me incluyo) hemos cometido un error en el que los clásicos (incluyendo cabezas tan diferentes como Hobbes y Torqueville) no incurrieron: no caer en cuenta que como la nuestra (al menos hasta 1976) una sociedad puede ser comparativamente bastante igualitaria (desde en el trato personal entre clases hasta en la distribución del ingreso) y, a la vez, ser sumamente autoritaria. Desde que la derecha se quedó sin votos pero conservó el control de la tierra pampeana, de numerosos circuitos financieros y de un notable (por su fuerza tanto por su extemporaneidad) prestigio cultural, nuestro país siguió un agitado camino de igualación social. Primero con el radicalismo y más tarde con el peronismo, ambos acompañados por mil procesos sociales concomitantes, la Argentina había llegado en la primera mitad de la década del 70 a un grado (comparativamente, al menos) notable de igualación social⁶. Pero en la política, atrás de la sistemática deslealtad con que desde entonces la derecha jugó el juego democrático (y con que a veces apeló a la democracia por las razones más oportunistas), ninguna de las demás fuerzas políticas se salvó de sufrir –para decirlo suavemente– agudos ataques de escepticismo respecto de la democracia política. Para no repetir temas conocidos, hasta agregar que de allí surgió una sociedad política particularmente débil, recurrentemente arrasada por la lógica corporativa de diversas fuerzas sociales, y fácilmente “prescindible” cada vez que aquellas fuerzas (y la otra fuerza, la armada) concordaron en que así fuera, o cuando llegaron a una *impasse* relativamente prolongada.

Como resultado, nuestro sistema político se acabó pareciendo mucho más –extraño invento– a un corporativismo anárquico que a otra cosa. Esos conflictos casi sin mediaciones propiamente políticas acabaron mostrando que quienes más perdían eran los más débiles en esta sociedad de clases que seguimos siendo. Y antes de 1976 pareció que cada vez más la principal mediación entre actores sociales y políticos consistía en violentas confrontaciones –que por su propia lógica tendían a que la violencia fuera remonopolizada, aunque de la peor manera y por las peores razones posibles, por la más armada de aquellas fuerzas. Así se alcanzó el límite terrible de un (relativo) igualitarismo confrontacional poco controlado por visiones algo más convivenciales –que sólo podían derivar de lo mismo que ese juego hacía cada vez menos posible–; esto es, instancias generalizadoras de los intereses crudamente corporativos e institucionales que monopolizaban, y hacían tan primitiva, esta forma de hacer política⁷. Pero lo que me interesa aquí es ver si puedo reconocer ecos de ese estilo en los planos *micro*s sobre los que vengo insistiendo.

Para no dar vueltas alrededor de un tema ingrato, tengo la impresión que, junto con el comparativamente notable igualitarismo en el trato personal y entre clases de nuestro país, y junto también con la aguda conciencia de los derechos que a cada uno corresponden como miembro de tal o cual clase o categoría ocupacional (elementos éstos que en otro contexto general serían muy positivos para establecer y profundizar una *polis* democrática), las relaciones sociales, los patrones de autoridad en diversos microcontextos y hasta los criterios de percepción y evaluación de ese -otro-que-no-es-como-uno, aunque mucho se acentuaron en los últimos años, hace ya tiempo que son sumamente autoritarios e intolerantes en la Argentina. El moralismo puritano e hipócrita de la derecha y, no pocas veces, de la izquierda; la siempre renaciente visión maniquea y paranoide de nuestra historia y de sus fracasos; el racismo de no pocos, no sólo en el antisemitismo sino también en el arrogante mito del país “blanco” y “europeo” frente a una América Latina india y mulata; la fenomenal represividad de costumbres e identidades sexuales; la interacción (epitomizada en la siniestra figura de los “celadores” encargados de la “disciplina” en los colegios) entre una autoridad educacional represiva e infantilizante, por un lado, y rebeliones de rabia anómica, por el otro; la reproducción de un modelo duramente patriarcal de organización familiar... en fin, la repetición del gesto duro que pone por las dudas barreras a una actitud cooperativa, y se respalda en la presunción que sólo los tontos pueden pensar más allá de su persona, de su grupo o del segmento social al que pertenecen.

La –me parece– difundida y antigua presencia de estos otros signos marca lo que tal vez sea la más cruel paradoja de nuestra historia, y a la vez, el más importante enigma a descifrar en este nuevo intento de

⁶ No fue accidental, por cierto, que desde 1976 rudos militares y elegantes economistas coincidieron en el propósito (que tuvo mucho que ver con los avances del autoritarismo en la sociedad) de poner, de una vez por todas, como alguien me dijo durante memorable pelea familiar, “todo el mundo en su lugar”. Es decir, aquellos “arriba”, sabiendo todo lo que había que hacer y mandando, los de “abajo” –desde niños hasta obreros–, abajo y obedeciendo sin chistar; y los del medio, en su eterna esquizofrenia de mandar y obedecer, sabiendo clarito a quién obedecer y a quién mandar, y – “modernización económica” mediante– deslumbrados con cuanto *gadget* se importaba y con la admiración del estilo de vida oligárquico –suntuoso y fariseo– que los medios de comunicación se esmeraban en transmitir.

⁷ Sobre el tema ver los excelentes trabajos recientes de Marcelo Cavarozzi, esp. *Autoritarismo y Democracia en la Argentina*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

construir una democracia en la Argentina: el curso seguido por un país que logró un alto grado de igualitarismo social pero que, por razones aquí sólo aludidas, fracasó repetidamente en encuadrar esos logros en prácticas y valores que establecieran planes de generalización de identidades e intereses, en base a las cuales se podrían haber elaborado visiones razonablemente compatibles del orden social. Al contrario, cada fracaso parece haber producido un aprendizaje perverso –sectorializado y antagonístico– que a su vez fue haciendo cada vez más catastrófico el siguiente fracaso.

V

Luego de haberlo creído no pocas veces, parece que esta vez en verdad hemos llevado al fondo del pozo que desde hace varias generaciones venían cavando. Que allí no estaba la “bolivianización” sino la cara llena de cicatrices de esta Argentina tan destruida, tan violenta y tan al costado de la historia, entraña la posibilidad de derivar, después de un período tan terrible, un aprendizaje que por primera vez –sutil pero inmensa novedad– sea congruente con una articulación societal –para llamarla con el nombre más contundente que se me ocurre– más civilizada.

Que lo más catastrófico incluye ese lado de esperanza que puede sentirse, no sólo ni en el colapso del régimen y en la condena ahora casi unánime de los horrores cometidos en tantos planos, sino más aun en que nunca ha habido en la Argentina tantas voces tan sinceras proponiendo la conquista de la democracia que se nos ha venido escapando en tantos meandros de la historia. Pero para ello, para que ese camino sea recorrido dejando jalones que los eternos mandones no puedan arrancar, y para que con la consiguiente democratización del poder se pueda gobernar haciendo pagar esta vieja crisis a los que demasiado y desde hace demasiado tiempo se vienen aprovechando de ella, para todo eso conviene que nos miremos a nosotros mismos. Podemos fugarnos una vez más, colocando en “ellos” toda la responsabilidad de lo que ha ocurrido y de lo que ahora hay que hacer. Esto no sería difícil porque, efectivamente, lo generalizado de la violencia pre-1976 tanto daño causó, y tanto preparó el terreno para lo de poco después; porque, sin duda, nada podrá eximir jamás al régimen post-1976 y sus personeros de lo que hicieron; y, también, porque hoy es claro que corresponde a los políticos la responsabilidad principal de navegar los remolinos que aún faltan hasta la inauguración de un gobierno democráticamente electo. Pero siendo todo esto cierto, insisto en mi argumento: desde hace tiempo somos, y últimamente fuimos más aún, una *sociedad* fuertemente autoritaria, antagonística, intolerante, llena de minidespotismo y particularmente propensa –como podría volver a ocurrir, si todo lo desplazamos hacia “ellos”– a explicaciones paranoides de nuestros infortunios. En el combate microscópico de esas tendencias, en la lucha tesonera de *ciudadanos* democráticos que lo son también en sus microcontextos, y en la recontextualización del inmenso potencial igualitario y autoconciente de la sociedad argentina –incluso y principalmente de su sector popular– se juego, no menos que en otros planos más visibles, el inmenso desafío que hoy confrontamos.